



MEMORIA Y OLVIDO

En este mismo número de Voces se publica una entrevista al profesor chileno Carlos Ruiz Schneider quien cuenta que hubo más de una oleada represiva durante la dictadura chilena, en particular se detiene en una de 1976 que terminó de “purgar” al sistema educativo de elementos sospechosos para las autoridades militares.

En 1975 se vivió un proceso similar en nuestro país, ese año, en el marco de la “Operación Morgan” se desató una oleada represiva contra los militantes clandestinos del Partido y la Juventud Comunista que siguió teniendo oleadas intensas hasta casi el fin de la dictadura. También fue el “Año de la Orientalidad”, un intento de dar sustento ideológico a la dictadura apropiándose de la memoria de nuestra nacionalidad, de próceres y sucesos históricos para proyectar así un futuro acorde a sus intereses. El plano simbólico-cultural de la memoria entonces, junto a la más dura represión, fue terreno de lucha político-ideológica. Es sobre ese año que se vuelve el último espectáculo de Sandra Massera, quien es consciente de que en el plano de la memoria se sigue jugando el futuro de cualquier sociedad.

Pero Massera trabaja desde un ángulo radicalmente diferente al que suelen apelar los regímenes totalitarios, parte de un personaje singular, que en los años setenta apenas estaba tomando conciencia de las luchas políticas que la atravesaban, y que deseaba vivir, antes que nada deseaba vivir. Sobre los recuerdos de ese personaje se construye un espectáculo que se vuelve fuertemente simbólico y que termina trascendiendo la experiencia puntual de este personaje de ficción.

La obra es un monólogo que se estructura con una temporalidad circular. Al comienzo, en el presente, Teresa está vaciando la casa en la que ha pasado gran parte de su vida, en ese ordenamiento ya fuertemente simbólico encuentra un cuaderno del liceo, un cuaderno que también utilizara para escribir cartas, mensajes que nunca serían enviados, a su hermano Alberto durante quince años. El primer salto temporal lleva a la protagonista a un apunte de 1990, y ese apunte a otros recuerdos anteriores, así el tiempo se irá replegando sobre sí mismo en un intento de diálogo que en realidad es solo eso, un intento de mantener la memoria de un hermano desaparecido. Esos intentos de que la memoria mantenga presente una realidad que se escabulle están atravesados por otros recuerdos, recuerdos de iniciación sexual, de casamientos, de “frivolidades” que se vivieron con culpa o con miedo. Pero hay un miedo que nunca se enuncia, que solo se sugiere, un miedo que parece atisbarse en un diálogo entre la protagonista y su padre agonizante, así le recordaba Teresa ese diálogo a su hermano: “De pronto él me miró y por primera vez en su vida... por primera vez, Alberto, le oí decir: ‘tengo miedo’. Nos miramos otra vez en silencio. No



recuerdo otro momento en el que hubiéramos estado tan unidos. Sólo pude decirle: ‘todos tenemos miedo, papá’. Y los dos supimos que ese miedo que nos confesamos no era porque se acercaba su muerte”. Ese miedo puede tomar muchas dimensiones y no puede enunciarse, pero parece trascender, eso sí, la realidad de esa familia amputada, parece ser un símbolo acerca de una sociedad que pierde parte de su pasado, y que pierde parte de sí misma mientras tanto. Otra vez recordamos a Wittgenstein y su afirmación de la incapacidad del lenguaje de abordar los problemas éticos, pero también que el que con palabras no podamos enunciar directamente ese tipo de problemática no significa que “esa problemática nos sea fatalmente desconocida” porque la ética se “muestra”. Las obras de teatro, como esta 1975, pueden ser un lugar en que los problemas éticos se muestren, sin enunciarse, con una particular capacidad de filtrarse, lentamente, en la sensibilidad del espectador.

Si en un principio el lenguaje, con un temperamento poético, nos parecía que no era el ideal para un espectáculo tan anclado en coordenadas geográficas y temporales específicas, luego de decantado el carácter simbólico del espectáculo parece ser preciso para buscar “mostrar” una problemática de la que en realidad no es posible hablar directamente. Sí, en cambio, a diferencia de otros espectáculos de Massera en que la música es más abstracta, en este caso la selección musical pone referencias temporales muy precisas, si pensamos en música de Yes, Pink Floyd o Weather Report. Especial importancia juega en este espectáculo el espacio en que transcurre, las escaleras de la sala El Telón Rojo llevan a momentos temporales distintos, lo mismo las habitaciones, que junto a los papeles desparramados y los cambios de vestuario van llevando al espectador por esos saltos temporales. El trabajo de Laura Almirón se detiene en cada gesto que busca el recuerdo del hermano de su personaje, en la an-

gustia que genera un sueño que remite a cuerpos anónimos que aparecen en el mar. Cuerpos anónimos que se vuelven un puzzle para armar cuando se tiene a un familiar desaparecido. Almirón tiene una enorme tarea para entrar y salir de recuerdos cotidianos, festivos, desde la madurez hasta la infancia, y también de recuerdos que parecen centrarse primero en la esperanza de la vuelta del hermano, luego en no perder su memoria, hasta que, fatalmente, el recuerdo se diluye, la esperanza caduca. El trabajo de Almirón es particularmente difícil porque su personaje atraviesa las décadas hasta los recuerdos más intensos de la niñez junto a su hermano, para volver paulatinamente al presente asumiendo la pérdida, pero sin poder concretarla, sin que el duelo se consuma. El conflicto individual que nos devuelve el excelente trabajo de Almirón cobra dimensiones que, repetimos, trasciende las vivencias de cualquier experiencia individual, aunque las contiene. Almirón jamás se deja desbordar por las emociones de su personaje, y los gestos aparecen sin subrayados que los hagan inverosímiles. La naturalidad con que la actriz nos trae a una Teresa que atraviesa las décadas y las emociones oculta la dificultad de la tarea. Massera y Almirón plantean un espectáculo que nos debiera seguir incomodando como sociedad, y que nuevamente nos remiten a unas palabras de Enrique Symns acerca del indulto en Argentina hace más de veinte años y que como nunca están vigentes en nuestro país: “A través de algunos textos que leí de Wilhelm Reich yo sospecho que el origen del cáncer se halla en una especie de coraza que protege un terrible secreto: una descomunal mentira que genera el suicidio celular. En la mitología egipcia, Meskhenet, la diosa del olvido, era la más amada del panteón: era capaz de producir un olvido definitivo cuando los dioses llegaban a la cima del conflicto. Pero el resultado era efímero: miles de siglos después los dioses volvían a “recordar” su combate. El olvido que nos proponen degenerará con certeza en una enfermedad del tejido social. Aún cuando un decreto (tal como la diosa mencionada) logre provocar un auténtico olvido en la conciencia colectiva: la vida o el espíritu que anda o la energía que nos baila jamás indultará nuestro olvido.” ◀◀

1975. Texto y dirección: Sandra Massera.
Actriz: Laura Almirón.
Funciones: sábados 21:00, domingos 19:30.
El Telón Rojo Espacio Teatral (Soriano 1274 esquina Yi). Entradas: \$ 280.